

ANTONIO MALPICA CUELLO

EL MAR Y LA MONTAÑA.
SIERRA LÚJAR AL FONDO.
PAISAJES ACUMULADOS

GRANADA
2024

© ANTONIO MALPICA CUELLO
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-7474-0. GR. 1708-2024
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja. Granada
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Tfís.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20
www: editorial.ugr.es
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada
Diseño de cubierta: TADIGRA, S. L.
Fotografías: Manuela Fernández Cuesta
Imprime: Printheus. Bilbao

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PRÓLOGO

ANTONIO MALPICA CUELLO

ARQUEÓLOGO Y POETA DEL PAISAJE

Antonio Malpica Cuello para mí, y supongo para la mayoría de sus lectores, amén de amigo, es un conocido arqueólogo medievalista, catedrático de la Universidad de Granada. Suele decirse en casos como el suyo que resulta ocioso presentar su *cursus honorum*, bien nutrido de méritos merecidos. Sin embargo, es un reto poner en manos, como él ha hecho, de un amigo y colega, ajeno a su materia, el trazo de su presentación humana y de sus saberes.

El hoy profesor Malpica se trasladó a la universidad granadina a principios de los años setenta para estudiar Historia, con cierto pesar de su padre, como él afirma, que hubiese preferido que se inclinase por el estudio de la Ley. En aquellos tiempos del *baby boom*, en los que la universidad española eclosionaba con la llegada de una multitud de jóvenes, deseos de saber y conocer, era difícil convencer a los padres de la vocación que uno tenía, quizás producto de la inquietud política que suscitaba aquel sórdido franquismo que agonizaba. El padre de Antonio, como el mío, querían algo más “práctico”, una carrera “con salidas laborales”, y Filosofía y Letras no lo era. Antonio venía del pueblo, de Castell de Ferro, enclave costero de enigmático y evocador nombre, y como siempre nos ha repetido a los cercanos, en la capital, Granada, “tenía frío”. Un frío real, pero también metafórico, porque para Antonio, como para todos los naturales de la ciudad y de su *hinterland*, Granada es una ciudad bella y hostil a la vez. Quizás una esfinge. Pues bien, de ese “frío” Antonio no se ha desprendido nunca.

Una vez asentado allá en la *ciudad vórtice* —así la llamo yo para verificar su carácter hosco—, el profesor Antonio Malpica Cuello, apiadado por los vencidos y escandalizado por la injusticia, llegó

al materialismo histórico, entonces en boga entre los estudiantes “de izquierda”. Desde el punto de vista ético reconoce que hay un puritanismo moral de base, que a él le viene del catolicismo social, inoculado por vía familiar.

En esa línea de compromiso optó por estudiar el factor campesino en la formación de las estructuras societarias. A la larga esta decisión le llevó a introducir, a fuerza de lectura y convicción, de manera novedosa el dato arqueológico, sacándolo del mundo de la Prehistoria y de la Antigüedad, donde yacía un tanto inerme. Frente a una historia que sólo consideraba datos aquellos que procedían de los archivos, introdujo entre nosotros el dato obtenido en la excavación, arañada a la tierra y al paisaje. Se comportó como un hombre de campo, infraestructural, en el argot de la época.

En este punto, aparecieron ante él los sistemas tribales de al-Ándalus, y las infraestructuras del agua. Podemos afirmar así que el materialismo arqueológico del profesor Malpica es genuino, y de haber estado en Gran Bretaña en aquellos años no hubiese recibido el rapapolvo que el historiador marxista Eric Hobsbawm le echó a todos los medievalistas y modernistas adscritos al socialismo en su país por ser en exclusiva analistas de lo ideológico, traicionando así el mandato de Marx. Esto nos lleva a pensar que Antonio Malpica fue un hombre congruente con los principios del método desde siempre.

Hay que señalar, además, como un valor, pronto en desuso con los desaires y desengaños de la Transición española, que Antonio ha sido siempre muy cómplice de sus amigos, es decir, que, frente a toda tentación sectaria, tan frecuente en mentes alicortas, Antonio antepuso la caballerosidad, elevada por encima de las minucias cotidianas, no exenta de franqueza. A mí, sin ir más lejos, siempre me dijo que mi antropología era muy simbolista, por llamarle de alguna forma, sin que por ello hubiese querella o pendencia entre nosotros. Posee un altísimo concepto, yo diría que ático, de la amistad.

Empero, tanta bondad, por su parte, muchas veces demasiada, ha acabado en su curso vital con deslealtades. La lógica del desengaño, muy fértil entre los poetas barrocos, anidó en él, que es persona que gusta de la poesía y de la música. Por tanto, es un ser extremadamente sensible. En su currículo, ya que hablamos de

ello, quizás por ese sentido desengaño, no ha ejercido jamás cargo alguno, ni siquiera el más modesto, ni político ni académico. A lo más ha asesorado. No seguiremos por esa vía sin salida. Sólo nos basta recalcar que el profesor Malpica es del pueblo llano.

Ahora bien, no solo es del pueblo menudo, de sus padecimientos y alegrías, sino que también los es “de pueblo”, en el sentido territorial. Poco antes de jubilarse, como catedrático de Historia Medieval, retornó con sus enseres a Castell de Ferro, el anclaje natal y familiar. Estaba muy contento, ya que ahora en la madurez, no tendría que padecer los desaires de Granada y sus fríos inviernos; lo recuerdo vivamente. Allá se hizo pueblo, volviendo a cultivar las tierras. Obteniendo frutos al retornar a lo pueblo.

Mas, tenía una deuda: la llamada de la tierra, con lo de telúrica que pueda tener, le demandaba una satisfacción, que le devolviese el fruto. Entre sus muchos libros, tenía que consagrar uno al menos al lugar de sus ancestralidades. Es este volumen, que el lector tiene en sus manos, en el que agrupa su conocimiento humano, topográfico y arqueológico sobre la sierra de Lújar y sus contornos ocupacionales.

El programa es congruente con aquel coloquio que hace años editamos juntos sobre las montañas del Mediterráneo, que alentamos junto a Jacques Vigneux-Zunz, un investigador francés que creía que en las cumbres del mar de mares son en sí mismas un conservatorio de saberes sociales y agrarios. En aquel libro antiguo, y un tanto desaliñado, intuíamos una certeza: que las montañas eran lugares sabios, conservatorios de sabidurías antiguas, como había sugerido el geógrafo J.R. MacNeill, en su compendio interpretativo de las montañas mediterráneas. Los citados por Antonio mismo en este volumen, Christian Mignon y Jean Sermet, fueron de similares pareceres. La belleza del libro de Sermet comienza no sólo por su texto sino igualmente por sus fotografías, que destilan ese perfume de la fotografía social de los años de posguerra, e incluso la portada de la edición francesa es de una elegancia abstracta, hoy día imposible de emular. Luego recuerdo los muchos libros coordinados por Antonio Malpica, a través de los que daba vida colectiva a su entorno, sobre paisajes, salinas, castillos, sistemas hidráulicos, etc. Los sistemas montañosos siempre estaban presentes en ellos.

La montaña y sus campesinos, pues. Unas montañas y hombres, que Antonio reintegra, a través de la escuela braudeliana al Mediterráneo como concepto. Un mar que produce espejismos, juegos literarios y simbólicos como pocos. Recuerdo que una vez Antonio iba a la isla de Alborán y me invitó a ir con él, pero no pude hacerlo. Pero sí tengo para mí la experiencia de haber visto desde el barco directo que ahora recorre el trayecto Motril Melilla, o desde el avión que hace el mismo recorrido, Sierra Nevada a la inversa de como los granadinos solemos contemplarla, con el pico del Veleta orientado hacia la derecha en lugar de a la izquierda. Esta sola mirada te convulsiona, porque lo que habíamos asumido como “natural” ahora resulta trastocado. Visión muy en congruencia con esas cartografías antiguas, de cabotaje, que eran las habituales, como Antonio sitúa como técnica de navegación preferente en el libro, que invierten la relación norte/sur. Pero con esa visión suprarreal del Mediterráneo invertido, sobre todo, se afirma y concibe el *continuum* geográfico, solo hoyado por el mar. O quizás porque gracias a él probablemente, al espejismo de la inversión, lo veamos con más nitidez. El Mediterráneo, en definitiva, no separa, sino que une, por lo que este es un libro de montañas, pero mucho más marítimo de lo que podría parecer.

Me ocurre igual que cuando Antonio Malpica habla en el texto del peñón de Pedro Vélez, en la escarpa sierra de Lújar: pienso automáticamente en la familiaridad con el peñón de Vélez de la Gomera, en lo agreste también de aquellos lugares, y en la existencia cercana a la costa granadina de Vélez Benaudalla. Son lugares unidos históricamente por asentamientos muy asemejados, por poblamientos “beréberes”, de naturales que han imprimido su carácter geográfico, y a veces, como en los casos citados de Vélez/Badis, nos han dejado fantasmagóricamente una toponimia perdurable. No siendo el profesor Malpica un seguidor estricto de las virtudes interpretativas de la toponimia, sin embargo, en las similitudes lingüísticas vislumbra modos antiguos, restos de unas culturas que eran comunes entre las orillas del mar.

Antonio Malpica Cuello, partiendo el dictado de la orografía, de la escasez de agua, de la necesaria inteligencia para administrarla, de la erosión implacable, del despoblamiento, de la piratería y el corso

(cuando terminó la primera, llegó el segundo), que han dado lugar a esas calas solitarias, extrañas, con escasez de sal incluso. Antonio recorrió a lo largo de su carrera académica los cultivos de la caña de azúcar, las salinas de interior y marinas, los asentamientos humanos y sus causas, etc. Siempre pegado al suelo, pero sin perder por ello las virtudes de la emoción poética. Aunque parezca un contrasentido, es un poeta de la arqueología, es decir de la ciencia. Este libro es un buen ejemplo de su *vividura* y de morada vital.

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD
Almuñécar, 2 de septiembre de 2023

PROEMIO

He querido escribir este libro como una necesidad personal e incluso familiar. Una rama de mi gente ha vivido tiempo en estas tierras, pero sólo una parte, porque de mis cuatro abuelos, uno, el paterno, es de aquí. Los tres restantes son de fuera. Así, mi abuela paterna, a la que no llegué a conocer, ni siquiera mi padre, vino de Argelia, pues nació en Sidi Bel Abbes, aunque de inmigrantes valencianos. Murió al poco de dar a luz a un segundo hijo, mi padre, porque la primera fue mi tía Paquita, fallecida después de la guerra por fiebres tifoideas. Aunque mi familia paterna era muy extensa, directamente apenas la he conocido, pero recuerdo episodios, ya que mi padre siempre visitaba a sus tíos y tías, especialmente a su tía Magdalena, una verdadera señora andaluza, muy noble y cariñosa, con un carácter maravilloso. Gran parte de mi familia paterna, aunque con raíces en Gualchos (de Walaya), en el término de Sierra Lújar, vivía en Motril. Mi nombre de pila, que es único por fortuna, es por mi abuelo, quedando como un ejemplo de la costumbre de heredarlo del abuelo. Era un personaje muy gracioso, según me han contado quienes lo conocieron. Yo nació años después de su muerte.

La familia de mi madre procedía de Madrid. Ella nació precisamente en la corte. Su padre, mi abuelo materno, era militar y estuvo en la Guardia Real. Pero nació en Extremadura, en Puebla del Maestre, según contaba mi madre. Apenas lo conocí. Mi abuela materna, a la que traté muchos años, era de Madrid, de familia manchega. Estudió Magisterio y eso la hacía ser una mujer culta y orgullosa, en el mejor sentido de la palabra. Fue ella quien apoyó a mi madre para que pudiera estudiar. Primero hizo Magisterio

por libre y, tras la guerra, hizo Farmacia en la Universidad de Granada. Ya vivían en la Huerta de la Condesa en Motril, porque su padre, que dejó el ejército, en donde llegó a comandante, aceptó el puesto de administrador de las grandes propiedades en Motril y Salobreña del Conde de Bornos, descendiente de D. Francisco Ramírez de Madrid, alcaide de Salobreña tras su conquista en la Guerra de Granada, artillero del ejército real. Este militar estuvo casado con Doña Beatriz Galindo, la Latina, que fue maestra de esta lengua de la Reina Católica. Eso explica que un centro oficial de enseñanza a la salida de Motril en dirección a Almería, le debe su nombre. Allí van mayoritariamente mis paisanos actuales a hacer el bachillerato. Lo que no acierto a entender era cómo una mujer, Isabel de Castilla, luego la Católica, tuvo una formación humanística tan elevada. Sus hijas fueron educadas también en ese ambiente y se demuestra con Juana, casada con Felipe llamado el Hermoso, y Catalina, esposa de Enrique VIII de Inglaterra. Son problemas históricos que no parecen resueltos. Yo ni siquiera lo he intentado, porque el tema del poder no es mi especialidad, y, además, no he leído casi nada sobre él. Puede ser que lo haga, pero ahora mismo no lo conozco. Pues bien, decía que mi madre estudió con el apoyo de la suya, porque su padre, mi abuelo Santiago al que alcancé a conocer siendo yo muy niño, no quería dejarla. De hecho, fue la única que tenía estudios universitarios, realizados en Granada bajo el control y vigilancia de unos amigos de mis abuelos.

Tengo mi infancia marcada por la Huerta de la Condesa y la familia materna. Mi hermano, el único que tengo, que se llama Santiago por nuestro abuelo, y yo mismo hemos pasado largas temporadas allí en compañía de tíos, tías, primos y primas. Un gran grupo tribal. Nos bañábamos en la alberca de la Huerta, que recorríamos hasta la extenuación, como es normal entre niños y jóvenes.

Mi amor a los libros procede de mi familia materna. En el bello caserón de la huerta, mi tío Pepe, hermano de mi madre, tenía una biblioteca muy digna. Allí encontré *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, que accedió a prestármelo cuando yo era ya universitario.

Mi madre tenía pavor de que mi hermano y yo cayésemos en otras formas de vida. La verdad es que ahora, ya en una edad proveccta, reconozco que sin la ayuda de mi padre, un hombre excepcional,

y de mi madre, mujer más que capaz, no hubiera sido un lector insaciable y un crítico imposible de soportar, así como un gran amante de la música clásica.

Es verdad, que mi padre me toleró que no estudiara Derecho. Hubiera sido muy desgraciado, porque no creo en las normas, aunque las respeto. Conocía a amigos de su infancia que eran profesores de esa Facultad y le aseguraron que me ayudarían en mi carrera. Cuando me dejó, en la Plaza de la Universidad, frente a Derecho, me sentí liberado y fui a matricularme a la Facultad de Filosofía y Letras. Nunca me lo reprochó. En fin, en mi Facultad me sentí libre y realizado. Pero ahora no quiero hablar de esa magnífica experiencia. Sólo diré que aprendí mucho con maestros que me marcaron y me hicieron tomar la vía del conocimiento histórico. Estudié y leí sin descanso a la vez que fui entendiendo lo que era el compromiso social, en unos años de permanente agitación.

Empezó una etapa de mi vida que me alejaba de mi tierra, a la que volvía en vacaciones, con unos largos y cálidos veranos. El contacto entre la fría Granada y la cálida Costa fue permanente. Al mismo tiempo pensaba que la Cultura, con mayúsculas, estaba en aquélla y en ésta sólo lo minúsculo. Ser de pueblo parecía ser menos. Olvidé lo cotidiano y pequeño. Tomé un camino erróneo. No entendía mi lugar de origen y lo dejé a un lado. Mi madre me dijo muchas veces que descuidaba mi pueblo. Hace unos años, antes de mi retiro, he vuelto, como hacen los africanos para reposar aquí cuando llegue mi hora.

Conforme fue pasando el tiempo, me situaba más al pie de Sierra Lújar y en el mar. Ahora, antes de que sea demasiado tarde, me creo en la obligación de saldar una deuda y cerrar muchas heridas.

Hablemos, pues, del tema central de este libro, fruto de un reencuentro feliz y lleno de sensaciones que me hacen, si es posible, mejor.

¿DE QUÉ VAMOS A HABLAR?

¿De una historia local? Puede decirse que sí, pero no es sólo eso. En realidad, el protagonismo es de un territorio en donde han

vivido generaciones de seres humanos no contados de uno en uno, sino colectivamente. No hay grandes personalidades, de modo que lo único que se aprecia son los espectáculos de la vida. He aquí lo que escribió Jean Sermet:

son estos espectáculos de la vida los que dan interés a estas regiones, no los esplendores del arte, que, según parece, ignoraron siempre. No hay que forjarse ilusiones ante las riquezas de los hallazgos arqueológicos, ante la impresionante vista de los pueblos moros como Mojácar; no son más que unos simples pueblos que tuvieron siempre una vida rural de agricultores y de pastores. ¿Por qué no han llegado a tener, como en Castilla, como en la Andalucía del Guadalquivir, como en el cercano Levante, algún monumento por humilde que fuera? No parece que la pobreza sea la causa, a juzgar por las capillas románicas que abundan en la mísera Andorra de la Edad Media...¿Habrán que invocar razones raciales? Habrán que ver en esto la marca de un Islam intransigente. Fanáticamente enemigos de las imágenes y acentuado en estos descendientes de los indígenas de la civilización de Almería, que acaso se identifica con los bereberes...¹

Aun cuando se refiere a otras tierras distintas a las nuestras tiene validez para el caso que ahora nos ocupa. Son seres anónimos todos ellos, que no sobresalen con nada, los verdaderos protagonistas de la historia. Aunque desaparezcan los relatos rimbombantes del poder, que es el hilo conductor de todo, sin embargo están presentes. La dualidad de poder-sociedad, no está bien recogida en el relato histórico, sobre todo porque el poder es más reconocible siempre de una u otra manera. Su plasmación queda expresada en el Estado, en sus aparatos. Asimismo, se elabora una teoría del poder que se suele reducir al Estado, subsumir en él.

Planteada así la cuestión, hay que decir que existe espacio del Poder y del Estado, en tanto que la sociedad queda desdibujada. Es verdad que el cemento lo pone el Estado, plasmación del Poder. Esto supone, de manera inmediata y en cierto sentido irremediablemente la incapacidad de explicar la relación de los seres humanos

1. Sermet, Jean, *La España del Sur*, Barcelona, 1956.

organizados en clases sociales. Dicho de otra manera, el Estado se organiza de arriba hacia abajo y tiene que haber una articulación que se debe a la superioridad del mismo.

Se juzgará nuestro trabajo teniendo en cuenta todo lo dicho, pero refiriéndolo en el territorio y en los hombres que lo pueblan. Pasemos revista a los espacios en que se divide, porque no todos tienen las mismas características. Lo haremos señalando los paisajes que se han ido acumulando.

No es fácil hacer un análisis histórico prescindiendo del examen del poder. Podríamos acudir a estudiar el Estado, pero sólo sería posible en el presente caso, hacerlo en los aspectos del poder central, con la corte y la administración. ¿Y las relaciones con las unidades de base? ¿Cuáles son?. Su fijación en el espacio, por tanto, su inserción en un medio físico concreto, que pasa desde ese momento a ser geográfico y entran en juego las disponibilidades, son el fruto de la acción social. El espacio que hemos estudiado está, como ha sido puesto de relieve, dominado por la montaña, bañada a sus pies por el mar Mediterráneo.

Dos elementos, configuran, pues, este paisaje:

1. Unas elevaciones que casi alcanzan los 2.000 m, que en el caso de Sierra Lújar forman una mole mayoritariamente caliza, si bien con mantos de rocas metamórficas que permiten su ocupación humana por la capacidad que tienen de ser cultivadas, sobre todo a condición de irrigarlas.

Así, los núcleos poblados ocupados de forma continuada desde época andalusí se sitúan normalmente en el contacto de las calizas, rocas permeables que recogen el agua de lluvia y la almacenan, y las rocas impermeables como esquistos, micaesquistos y filitas. Se puede aflorar el agua y con ella irrigar los campos. Siguen, al menos, en Sierra Lujar, un patrón reconocible, pues se construyen minas de agua, por lo general de corto recorrido, y se hace brotar el agua que se suele almacenar en albercas. Los ejemplos los tenemos en Gualchos, Jolúcar, Lújar y Olías.

La organización de los asentamientos estaba condicionada por el medio litológico y el agua sin solución de continui-

dad. No obstante, en otros espacios de la vecina Sierra de la Contraviesa, hay puntos de agua naturales, espontáneos, que incluso llegan a formar barrancos húmedos.

Por lo general, los asentamientos, especialmente los que han perdurado, se orientan al Sur, quedando de cara al mar.

2. El mar, o mejor dicho, la línea de costa, no forma una llanura continua, sino que suelen ser diminutas calas, playas minúsculas. Éstas tan sólo se han generado en determinados puntos, espacios más extensos por la acción de la erosión. En efecto, en algunos puntos concretos, la fuerza erosiva ha sido muy importante e incluso destructiva. Los aluvionamientos en ciertas ocasiones han tenido un papel significativo. Se debe al régimen de lluvia del medio mediterráneo, con prolongadas sequías y explosiones de lluvias primaverales y otoñales.

La creación de estas llanuras litorales, en su mayor parte poco extensas y aun diminutas, ha sido una acción humana concentrada en períodos determinados, con picos reconocibles históricamente.

La existencia de este espacio litoral ha hecho que la navegación fuese lo que señala Braudel:

En esta época navegar equivale, sobre poco más o menos, a seguir la costa, como en los albores de la marinería. Es saltar de la roca como los cangrejos, de promontorios en isla y de islas en promontorios².

Esa navegación era la que permitía el recorrido Este-Oeste, porque la que va en sentido Sur-Norte, ha sido siempre circular, o en bucles. Los árabes, por supuesto los norteafricanos, lo sabían muy bien, ya que la correspondencia entre puertos del Norte de África y al-Ándalus, no era una línea recta, sino en el sentido transversal, pero viene más lejos en el tiempo, ya que se inicia en la época de los fenicios.

2. Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, México, t. I, p. 133

Todo este sistema de organización del territorio se va perfilando hasta llegar a una ocupación regular por la implantación de la agricultura de regadío que termina estructurándolo. Se habrá observado también que pivota en una relación entre la montaña y el mar.

En los tiempos prehistóricos y protohistóricos, la riqueza parte de los metales. Y en Sierra Lújar, la galena argentífera es el objetivo principal ya en época de las colonizaciones y, por supuesto, en tiempos romanos. La minería es claramente visible en el paisaje, sobre todo por las explotaciones más recientes. Sin duda, el recurso minero trajo consigo deforestaciones de poco alcance, pero el suficiente para ir creando espacios habitables, aunque con el fin de servir de puntos de atraque y fondeaderos a lo largo de la costa montañosa.

Se establece una relación permanente entre el mar y la montaña, pues los asentamientos interiores están unidos a los pequeños puertos, ya que sin ellos la movilidad es escasa. Cerca del mar hay igualmente, espacios para el ganado que procede de tierras más frías, allá vuelven los veranos en busca de hierbas más frescas. No llegan a ser como lo que se identifica en los llanos de Dalías, pero junto a las colinas próximas permite que sean importantes. Igualmente hacen posible que se produjeran pequeñas deforestaciones, y por lo tanto, los aluviones no son muy continuos y están espaciados.

Tenemos, pues, un sistema de ocupación del espacio muy definido que imprime un carácter propio a todo el territorio de Sierra



Lújar. Hagamos pues, un recorrido por sus áreas.
Sierra Lújar desde la costa.

LA MONTAÑA Y EL MAR

Una montaña de cierta altura, normalmente con cumbres en torno a los 1500 y que incluso llega a los 2000 m se levanta a poca distancia de la línea marítima. Esta cadena costera tiene entidad propia en su conjunto, integrada en las Cordilleras Béticas litorales, si bien se halla dividida en sierras que presentan características propias cada una de ellas.

Aun cuando en la presente obra nos fijaremos en dos unidades, las correspondientes a la Contraviesa y sobre todo a Lújar, no hay que dejar de mencionar, al menos mencionar, otros elementos que forman tal conjunto. De este a oeste encontramos Sierra Alhamilla, Sierra de Gádor, Sierra de la Contraviesa, Sierra de Lújar, Sierra Almijara y Tejeda, así como otras (Nieves y Grazalema) de menor interés ahora para nosotros, que nos detenemos en el límite de la costa granadina, que no es solo una realidad administrativa actual, sino que tiene una larga pervivencia histórica, tanto en tiempos andalusíes, como en fechas posteriores a la conquista castellana, ya a partir de finales del siglo XV.

Es cierto que la cercanía del mar a la montaña hace que haya una costa muy recortada y abrupta, aunque podemos establecer algunas distinciones que merecen ser puestas de manifiesto. Así, en el tramo almeriense las sierras están más alejadas y se forman llanuras más amplias, destacando el Campo de Dalías, el valle del Andarax, en el entorno de Almería, y el Campo de Níjar, precursora del área de Cabo de Gata.

En el granadino, las elevaciones están muy próximas a la línea marítima, de manera que desde Adra, en el extremo occidental de la actual provincia de Almería, hasta Nerja, en el límite oriental

de la malagueña, la montaña cae directamente al mar, formando acantilados que hacen muy difícil el paso de un lugar a otro, siendo a veces preferible usar barcas para moverse; los pocos espacios llanos que hay son deltas y minúsculas calas. El área llana más importante es la que forma el río Guadalfeo en su desembocadura. Hacia levante hay minúsculas llanuras, siendo la más extensa la de Castell de Ferro, formada por la colmatación realizada por las ramblas de Lújar y Gualchos.



Ramblas de Lújar, Rubite y Gualchos antes de llegar a la costa.

Si vamos a poniente del delta del Guadalfeo encontramos la de la Almuñécar, gracias a los aportes de los ríos Verde y Seco. En el sector malagueño, de Nerja a Gibraltar, vemos una montaña próxima a la costa, pero con áreas alejadas del mar, entre las que destaca la llanura formada por el Guadalhorce.

En esas partes llanas se ha concentrado buena parte de la población a lo largo de la historia, aunque no es menos cierto que la agricultura, mejor representada en ellas, está esparcida por cuantas tierras la hacen posible. Además de los espacios llanos, se han cultivado de forma constante a lo largo de los tiempos las colinas que hacen el contacto entre la montaña y la llanura, e incluso las elevaciones en las que la litología lo ha hecho posible.

Sin duda, la acción de los cursos de agua, a veces espasmódicos, como corresponde a un régimen de lluvias propiamente mediterráneo, ha influido en la organización de los espacios de cultivo, así como las roturaciones han posibilitado una erosión que alcanza momentos paroxísticos con aluvionamientos que han hecho po-

sible la creación de suelos en las áreas llanas. La dinámica de la vegetación, que será necesario desgranarla aunque sea de manera general, ha condicionado ese mecanismo de relación entre las elevaciones y los llanos.

Si bien podemos hablar de una cadena litoral que forma un farallón que protege a las tierras costeras de los vientos fríos del norte y crea unas condiciones con temperaturas muy dulces, hay que pensar que las dificultades de comunicación con el interior son a veces importantes, por no hablar de los problemas que se plantean para desarrollar una ruta longitudinal, de tal forma que con frecuencia se emplea la navegación como medio de moverse. En cualquier caso, cada sierra se halla separada de las otras por pasillos que permiten el drenaje de las aguas de las elevaciones, así como la comunicación con las tierras intermedias del surco intrabético. No todos los pasos existentes tienen la misma entidad. Se han de citar tres como los más importantes. El situado más al este es el denominado «Pasillo de Fiñana», entre las Sierras de Baza y Nevada, que progresa hacia el sur por el río Nacimiento, que se une con el Andarax. Es así como se produce la división ya hacia la costa entre Sierra Alhamilla, al este, y la Sierra de Gádor, al oeste, de manera que Almería se queda entre ambas. Antes de llegar a la ciudad y después de unirse por la margen derecha del Andarax el Nacimiento a él, por la parte izquierda se abre un eje de comunicación que bordea Sierra Alhamilla por su cara norte y llega a Tabernas, desde donde progresa hasta integrarse en el citado pasillo.

El siguiente, si seguimos en dirección a poniente, es el Valle de Lecrín. Una serie de cursos de agua van uniéndose hasta formar el río Ízbor, afluente del Guadalfeo, que viene este último por el sinclinal formado entre la cara sur de Sierra Nevada y la cadena litoral. No se abre con facilidad ni hacia el sur, camino de la costa, ni tampoco hacia el este para llegar a la Alpujarra. Viniendo de la Vega de Granada y del Quempe se ha de pasar el puerto del Suspiro del Moro para progresar hacia el sur, pero no reviste en tal caso una dificultad digna de anotarse. Es mucho más angosto el camino, como queda dicho, hacia la costa y la Alpujarra, toda vez que siguiendo el río Ízbor la vía es mucho más problemática,

hasta el punto que se solía a veces utilizar el camino que desde Restábal iba al río de la Toba, en el conjunto de Los Guájares y continuando por ese último curso de agua se llegaba al Tajo de los Vados, justo antes de que el Guadalfeo se abriese en la llanura deltaica que se forma tras pasar ese profundo desfiladero.

Contamos asimismo, ya en el espacio malagueño, con el valle del Guadalhorce. Es un eje de comunicación entre la depresión de Antequera y la costa situada inmediatamente al oeste de Málaga. Organiza la llamada Algarbía, que debe su nombre a estar contigua a la ciudad, a poniente de ella.

Se ha de hablar de un origen doble para estos pasos. De un lado es tectónico, por las fallas que se produjeron a causa de los reajustes con la formación de pliegues de fondo; de otro, responde a reajustes isostáticos fruto de la necesaria compensación entre bloques que se levantan y otros que se hunden a causa de los materiales depositados por la erosión.

Este territorio costero ha de entenderse también como montañoso, sin que se pueda comprender el uno sin el otro. Ante todo hay una relación muy directa con respecto al crecimiento de los suelos que se han ido formando, en uno u otro sentido, debido a la pendiente que ocasiona una erosión y permite el trasvase de tierras desde las elevaciones y laderas a los espacios llanos. Ahora bien, el ritmo y la mayor o menor capacidad erosiva depende de la cubierta vegetal que ha existido en cada momento. La capacidad erosiva de ramblas, torrentes, arroyos y ríos ha sido variable a lo largo del tiempo, sobre todo si atendemos a la desnudez o no de la montaña y de las laderas, pero también a la pendiente. En cualquier caso, los estudios de algunos espacios costeros no dejan lugar a dudas de que el crecimiento de las tierras llanas se debe en buena medida a los aportes de los aluviones procedentes de las zonas elevadas¹. Ahora bien,

1. Hoffmann, Gerd, *Holozänstratigraphie und Küstenlinienverlagerung an der Andalusische Mittelmeerküste*, Bremen, 1988, y Arteaga, Oswaldo, «La transformación del medio ambiente costero de Salobreña (Granada). Causas naturales e históricas», en *Ciclo de conferencias pronunciadas con motivo del V Centenario de la incorporación de Salobreña a la Corona de Castilla (1489-1989)*, Salobreña, 1990, pp. 53-83.

el componente litológico es importante para poder calcular la evolución de los suelos y la acción de los agentes erosivos, así como la mecánica que tienen.

Los que presentan un componente calcáreo se han ido transformando por procesos erosivos hasta el punto de quedar desnudos². Es difícil encontrar áreas con un conjunto vegetal maduro. Por otra parte, estas rocas tienen una gran capacidad de absorber agua y, así, en su interior hay depósitos subterráneos capaces de suministrarla a tierras, animales y hombres.

Los componentes metamórficos, especialmente esquistos, micoesquistos y filitas son impermeables, lo que hace posible que circule el agua por su superficie. La erosión que han ido sufriendo al perder su cubierta vegetal ha hecho que la roca madre padezca importantes alteraciones, que se ven acentuadas por las considerables pendientes que existen. De esa forma se han ido formando suelos con gruesas piedras a causa de las transformaciones mecánicas existentes, que han obligado al campesino a una lucha constante con el medio. La relación entre la pérdida de cubierta vegetal, que en varios puntos era aún en el siglo XVI madura, con alcornoques y encinares, y la erosión ha hecho crecer, como queda ya dicho, los aluvionamientos en los espacios llanos cercanos a veces al mismo borde del mar. Es, por tanto, necesario conocer esa dinámica, que tiene sus períodos históricos más o menos definidos. En época medieval la organización del territorio determinaba la existencia de áreas bien definidas agrícolamente, con tierras irrigadas, tanto abancaladas en el entorno de barrancos que se alimentaban de fuentes, cuanto en el llano, en donde la pendiente era menor. Con posterioridad a la conquista, la producción azucarera supuso un aumento del consumo de leña para los ingenios que elaboraban el líquido resultante de la molienda y prensado de la caña por calentamiento del mismo. Ese crecimiento fue aumentando hasta pasar verdaderas dificultades para conseguir leña. Posteriormente, la

2. «La desnudez de las pendientes calizas, antaño cubiertas de “terra rosa”, es el resultado más visible de ello [la erosión]: las sierras calcáreas son hoy estériles» (Mignon, Christian, *Campesinos y campesinos de la Andalucía mediterránea*, Madrid, 1982, p. 87)

construcción naval y, ya en el siglo XIX, la minería, hizo aumentar el consumo de madera y leña.

Aunque no se ha estudiado el problema en su verdadera dimensión, no cabe duda que la pérdida de cubierta vegetal empezó a ser «crítica» por el avance de la producción de azúcar de caña.

Así, los efectos continuados sobre el paisaje se constatan desde el siglo XIX sin muchos problemas. He aquí algunos ejemplos:

De Fregenite, en un extremo de Sierra de Lújar, nos dice P. Madoz:

El TERRENO, que antiguamente estuvo poblado de encinas, alcornoces y sauces, cuyo arbolado ha sido enteramente destruido para el carboneo, es sumamente quebrado, de muy mala calidad y tan poco firme, que en tiempo de lluvias se desprenden lomas enteras que destruyen con sus ruinas terrenos cultivados con afán; pero no por eso deja de estar en labor casi todo³.

He aquí lo que nos refiere el mismo autor sobre Berja y la Sierra de Gádor:

De estension y por su riqueza de minerales plomizos, es la conocida con el nombre de Sierra de Gador (V.), la cual entra en el terr. de este partido á una legua de Alcolea, que lo es del de Canjayar, y recorriendo 4 leguas en dirección SE., sigue á introducirse en el de Almería. De los varios senderos que conducen á su cima, todos muy escabrosos y descuidados, se usan con mas frecuencia el de la Solana, el de la Covacha y el del barranco de la Maleza. Las minas que se explotan en ella son muchas, todas plomizas y casi imposible de determinar las que están en productos y las estériles; por lo que, y las diferentes fábricas y boliches de fundición de alcoholes, ha desaparecido el grande encinar y hasta el monte bajo que la cubría, hallándose en la actualidad toda pelada, á escepcion de la dehesa de Berja y el Coto de Dalías⁴.

3. Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850, s. v. Fregenite.

4. Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico...*, s. v. Berja